

El lugar correcto en el momento adecuado: El bombardeo a la embajada de Nairobi

Jenny Edwards, TFT-VT



La primera vez que oí hablar de la Terapia del Campo Mental[®], supe que quería aprender sobre ella para aplicarla en mi trabajo en África. Yo doy seminarios ahí, y pensé que las gente de esos lugares podría beneficiarse si conociera una forma rápida de eliminar el trauma, el dolor físico, la ansiedad, las adicciones, las fobias y todos los demás problemas que ataca la Terapia del Campo Mental[®]. En ese momento no sabía qué tanto se podría necesitar.

En Julio de 1997, recibí una invitación para dirigir un curso de dos semanas patrocinado por la Comunidad Carmelita de Nairobi, Kenya, del 3 al 14 de agosto de 1998. Trabajaría con sacerdotes, religiosas, estudiantes, asesores, educadores, trabajadores sociales y otros profesionales de la asistencia. Acepté encantada e hice planes para impartir los temas que me habían solicitado y, además, una parte de la Terapia del Campo Mental[®].

El bombardeo a la Embajada de los Estados Unidos en Nairobi ocurrió la mañana del viernes 7 de agosto. En ese momento, estábamos en el curso, que se daba a unos 25 minutos del centro de Nairobi. No fue sino hasta en la tarde cuando nos empezamos a dar cuenta de la devastación y la extensión del daño que había causado el bombardeo.

Todo el fin de semana, las Hermanas que estaban tomando el curso estuvieron en los hospitales atendiendo a la gente. Yo tenía otras actividades programadas, así que yo seguí adelante con el plan. E lunes, las personas que estaban tomando el curso empezaban a preguntar sobre la Terapia del Campo Mental[®], ya que yo les había dado una introducción el viernes anterior. Ellos pensaban que, después de todo, la gente había estado en un bombardeo. Seguramente, la Terapia del Campo Mental[®] no era lo suficientemente poderosa como para ayudarle a las personas con un trauma tan grave. En ese momento supe que tenía que ir al hospital, y quería ir, para trabajar con las víctimas del bombardeo.

Las Hermanas se iban al hospital al terminar el curso a la 1:00 PM y estuvieron de acuerdo en llevarme con ellas. Mientras pasábamos por las vallas de policías, empecé a darme cuenta de la gravedad de la situación. Llegamos al Hospital Kenyatta y fuimos directamente a la sala. Empezaron a surgir las dudas.

Por supuesto, yo sabía que la Terapia del Campo Mental[®] funcionaba; sin embargo, estas personas habían estado en un bombardeo apenas el viernes anterior. ¿Funcionaría con ellos? Mientras seguía a las Hermanas de una sala a otra, me preguntaba a mí misma cosas como: “¿Quién te crees que eres?” “¿Qué sucederá si no funciona?” y me decía: “Sólo los tontos se apresuran”.

En muchas de las salas que visitamos, la cara de las personas estaba llena de puntadas. Tenían los ojos vendados. No se podía ni pensar en pedirles que se golpetearan en las cejas o bajo el ojo [Nota: en esos casos, las personas pueden golpetear puntos equivalentes en los dedos de los pies (parte exterior del dedo chiquito del pie, junto a la uña, en lugar de en la ceja; y parte interior del segundo dedo del pie, junto a la uña, en lugar de bajo el ojo)]. Fuimos de una sala a otra. Era evidente que las Hermanas sabían qué hacer y también que ya habían hecho esto antes. Pensé que podía seguirles nada más; sin embargo, rezaba y pedía una orientación. ¿Con quién debía usar la Terapia del Campo Mental[®] si es que había alguien con quién usarla?

Finalmente, llegamos a una sala en la que las personas tenían heridas principalmente en la parte inferior del cuerpo. Primero, me acerqué a una mujer que estaba cerca de la ventana y traté de entablar una relación con ella. No parecía estar dispuesta a hablar, así que me fui a otro lado.

Luego, me acerqué a otra mujer que estaba acostada en su cama, con la Mirada perdida, y empecé a platicar con ella. Tenía un dolor muy intenso. (un 10, yo diría) sus zapatos habían volado durante el bombardeo y había salido caminando. Tenía muchos vidrios en los pies, entre otras heridas y estaba recibiendo analgésicos muy fuertes. Como sus heridas no eran tan graves como las de otras personas, los doctores todavía no habían tenido la oportunidad de trabajar con ella. Después de establecer un rapport, le dije con timidez: “Conozco un método que PODRÍA ayudarle. No estoy segura de que vaya a funcionar. Lo que usted tendría que hacer sería golpetear estas partes de su cuerpo (le enseñé los puntos en mi cuerpo), y nos tomaría como cinco minutos. Yo lo haría con mucho gusto, si usted quiere”.

Contestó: “Yo haría lo que fuera. Me duele demasiado. Además sigo pensando que en cualquier momento va a explotar una bomba en el hospital. Ya sé que es muy probable que no suceda, ¡pero no me puedo quitar esa idea de la mente!”

Decidí trabajar primero con el dolor. Después de aplicarle el algoritmo para el dolor, la calificación en USM bajó de “10” a “5”; sin embargo, ya no bajó más, aunque le apliqué los algoritmos para la inversión. Se me ocurrió que necesitaba aplicar el golpeteo para el trauma para que el dolor pudiera disminuir. Por

supuesto, el trauma tenía una calificación en USM de “10”, e inmediatamente bajó a “0”. Después de eso, volvimos a hacer el algoritmo para el dolor y en el mismo momento bajó a “0”.

Me miró, parpadeando, un poco sorprendida. Comentó: “He estado repitiendo en mi mente las escenas de lo que sucedió el día del bombardeo una y otra vez, sin descansar, desde el viernes. Es muy extraño, pero ahora ya no lo estoy haciendo. Creo que esta noche podré dormir”. Entonces, se me quedó viendo, sonrió y dijo: “Por alguna razón, Dios me salvó”. “Claro que sí, Él la salvó”, contesté. Le dije que era probable que el dolor regresara, porque todavía tenía muchos vidrios en los pies, y le escribí lo que tenía que hacer en caso que regrese. También le dije que posiblemente el trauma ya no regresara nunca, pero, que si regresaba, éstas eran las instrucciones que debía seguir (incluyendo el tratamiento para la Inversión Psicológica).

En ese momento, la Hermana vino conmigo y me dijo: “La mujer que está en aquella cama dice que también quiere que usted la cure”. Fui con ella. Tenía la mirada perdida en el espacio, el brazo vendado y la mano lastimada. Después de platicar con ella durante algunos minutos, le pregunté si le dolería darse unos golpecitos en la mano lastimada (punto gama). Dijo que era posible que le doliera un poco, pero que valdría la pena para poder experimentar los cambios que acababa de ver en la otra mujer.

Tanto en el trauma como en el dolor tenía una calificación en USM de “10”. Decidí trabajar primero con el trauma. La calificación en USM bajó a “0” bastante rápido, sin Inversión Psicológica. Luego trabajamos con el dolor, que ya había bajado a “8” después de aplicar el tratamiento para el trauma. Mientras ella se aplicaba el golpeteo, el dolor también bajó a “0”. Pudo mover la mano, recuperó el color de su rostro y estaba sonriendo y riéndose. Le escribí lo que habíamos hecho. Su esposo, que había estado viendo, le preguntó a la Hermana si aplicar estos golpeteos también le ayudaría a él a calmar su dolor de cuello. La hermana le dijo “por supuesto”.

Para ese momento, la primera mujer a quien le apliqué los algoritmos ya estaba sentada, por primera vez desde el bombardeo, comiendo y platicando con su esposo. Sonreían y reían. Mientras yo trabajaba con la segunda mujer, el esposo de la primera le había dicho a la Hermana que las tres noches pasadas su esposa había tenido pánico del momento en que él se tenía que ir, porque no quería estar sola, pues le daba mucho miedo que explotara una bomba. Él comentó que esta noche, en cambio, se sentía bien aunque él se fuera y que lo vería al día siguiente. La mujer le dijo a la Hermana que había estado bajo dosis extremadamente altas y frecuentes de analgésico, y que estaba planeando

utilizar la secuencia de golpeteos para disminuir la cantidad y la frecuencia de las dosis.

Al día siguiente, la Hermana comentó que la primera mujer a la que yo me había acercado le había preguntado: “¿Por qué curó a las otras dos y a mí no?” La respuesta de la Hermana fue: “Ella dejó escrito lo que hizo con las otras dos pacientes, pídale que trabajen con usted”.

Al día siguiente en el curso, las Hermanas compartieron lo que había sucedido en el hospital. La gente estaba impresionada y, como hice demostraciones con las personas que estaban en el curso en torno a su trauma por el bombardeo, empezaron a creer y se lanzaron a las sesiones de práctica con mucho ánimo. Mandaron a sus amigos que tenían problemas difíciles para que yo trabajara con ellos durante las tardes del resto de la semana. También tuve la oportunidad de presentarles la TCM a los terapeutas en un centro de asesoría local. Estaban planeando darle seguimiento y pedirle materiales al Dr. Callahan.

Sí. Sabía que se suponía que iba a compartir la Terapia del Campo Mental® con la gente del seminario en Nairobi. ¡Lo que nunca me imaginé fue qué tan a tiempo se iba a dar ese curso!